

tia conservata in malum Domini sui (1)? ¿Cómo hubiera sido feliz siendo un avaro? Las riquezas si se manejan con prudencia y se administran con caridad, nos harán ganar el cielo; pero si se adquieren con injusticias, si se conservan con inquietudes y se invierten con fatigas y pesares ¡ay, y que vida tan triste hacen pasar á sus poseedores! El santo lo conocia muy bien, y léjos de amarlas las arrojó de sí de un modo nunca visto en la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles. Ya no pocos santos fundadores de las órdenes religiosas habian abdicado el dominio de todos los bienes en particular: ya la familia seráfica habia dado otro paso mas adelante, renunciando todos los bienes no solo en particular, sino tambien en comun; pero al cabo los unos recurrian en sus apuros á los fondos del monasterio, y los otros á la mendicidad. Estaba pues reservado para Cayetano y sus hijos el heróico desprendimiento de todo lo terreno: la total entrega de sí mismos en los brazos de la Providencia divina y el vivir como los apóstoles de las limosnas espontáneamente ofrecidas, y no mendigadas. ¡Resolucion asombrosa que ha llenado de espanto á los mayores sabios del mundo.

Cayetano fué reputado por uno de ellos; pero no penseis que el santo colocase su felicidad sobre este título. No ignoraba la grandísima distancia que se encuentra entre ser verdaderamente sabio y parecerlo, ó ser reputado por tal; y sabia bien que el mismo Dios habia declarado que la sabiduría de la carne era enemiga de Dios, y que este mismo Señor prometia perder la sabiduría de los sabios segun el mundo, y reprobó la prudencia de los prudentes del siglo (2). Por estos útiles conocimientos colocó el santo toda su sabiduría en el temor de Dios, en la observancia de sus preceptos, en el cumplimiento exacto de las obligaciones de su estado, llegando á ser feliz en su sabiduría, porque no supo mas de lo que convenia saber, y aun aquello lo supo con sobriedad, como encarga el grande apóstol san Pablo (3).

Por último los empleos le elevaron á aquella clase de felicidad tan apetecida de los miserables mortales, que tan mal se hallan

(1) *Eccles. c. 5. v. 12.*

(2) *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo. S. Paul. epist. ad Corinth. I. c. 1. v. 19.*

(3) *Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem. Ad Rom. c. 12. v. 3.*

con su quietud, y suspiran con tanta frecuencia en medio de las pretensiones. Es cierto que el santo se vió rodeado de una estimacion indecible en la corte de Roma. Los prelados, los obispos, los cardenales y el papa mismo le profesaban una veneracion muy singular. Juan Pedro Carrafa, obispo de Teati, que llegó á ser pontífice con el nombre de Paulo IV, era uno de sus discípulos, á la manera que Eugenio IV lo fué del gran padre san Bernardo. Entre los muchos que le reconocian por maestro, fundador y cabeza de su orden, habia hombres de un mérito extraordinario y de un talento superior. Venecia, Nápoles, Vincencia, Verona y otras ciudades de Italia le escuchaban como á un oráculo, le retibian como á un apóstol, y le veneraban como á un santo. Pero Cayetano nunca alteró su recogimiento interior en medio de tantas ocasiones de distraccion: su devocion particular á la Virgen, su humildad, su penitencia, su trato íntimo con Dios, y su celo por la salvacion de las almas, era lo que únicamente le ocupaba el corazon. Todos los otros empleos los miraba como unas cargas pesadísimas que abrumaban el espíritu y el cuerpo de cuantos los obtienen. Se pretenden los cargos porque no se conocen cuando no se poseen; pero apénas se experimentan, luego se desea arrojarlos de sí como una carga insufrible. Feliz mil veces nuestro Cayetano, á quien la nobleza de su casa no llena de orgullo, ni las riquezas le ensoberbecen, ni le envanecen las ciencias, ni los empleos le hacen perder de vista á su Dios. Siempre conforme con la divina Providencia, siempre obediente á sus adorables disposiciones, pasa sosegadamente la vida, y espera con tranquilidad la muerte. ¡O si nosotros imitáramos este provechoso ejemplar! Pero ay! ¡Cuántas veces nos llena de una altanería insufrible la nobleza de nuestro linaje! ¡Cuántas veces empleamos las riquezas en perjuicio nuestro y daño de nuestro prójimo! ¡Cuántas veces abusamos de la ciencia para seducir la sencillez y candor de las personas! ¡Cuántas veces atropellamos la ley, la razon y la justicia por hacer valer una injusta determinacion de nuestro empleo! No así, amados míos, no así: imitemos á Cayetano, feliz en las prosperidades por el buen uso que hizo de ellas: imitémosle tambien en los trabajos, en los cuales fué feliz por la paciencia y resignacion con que los toleró. Ya hemos visto lo primero: vamos á demostrar muy brevemente lo segundo.

SEGUNDA PARTE.

Es la vida del hombre una perpetua alternativa de gustos y pesares, de placeres y tormentos, de desdichas y felicidades. Nada mas frecuente vemos cada dia que aparecer hoy como un pobre desterrado, el que ayer era un rico poderoso: ser reputado hoy malo el que ayer era adorado, y creíamos ser santo y bueno; y mirar hoy derribado sobre el polvo al que ayer era adorado en su trono. Sí, señores: ya sabeis que es una verdad de fe que la vida del hombre es comparada al viento, que jamas permanece en un mismo estado. Esta es nuestra triste situacion sobre la tierra. No extrañareis que tal fuese tambien la vida de nuestro insigne Cayetano. Le hemos visto en el colmo de sus felicidades. Justo es verle tambien en el abismo de sus desprecios, para que en todas las cosas aparezca como hombre verdaderamente feliz.

Como el fin de su instituto era desterrar la indevoción é ignorancia de los eclesiásticos, el desorden de las costumbres en los legos, la negligencia del culto divino en las iglesias, y la poca afición á la frecuencia de sacramentos, le fué forzoso pelear valerosamente para restaurar la pureza de costumbres, el amor al estudio, la circunspección y porte arreglado de la clerecía, el aseo y limpieza de los templos, destruir la avaricia en los ministros de la Iglesia, las bajezas, los abusos y profanidades de los que proponian desde los púlpitos la palabra del Señor, y confundir la audacia y obstinación de los herejes. ¡O Dios inmortal! ¿cómo era posible que un proyecto tan vasto, tan admirable y tan difícil no le costara á Cayetano inmensos sudores y fatigas? Sí, amados míos: el santo se propuso este plan maravilloso; pero experimentó en su ejecución peligros en todas partes: peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros en la ciudad, peligros en el campo, y peligros hasta en sus falsos hermanos, como decia de sí mismo el grande apóstol san Pablo (1).

¡Que no pueda yo dar á estos preciosos pensamientos la extensión que merecen! Le veríamos entónces abandonado de no pocos de sus mismos amigos, que pareciéndoles demasiadamen-

(1) *Ad Cor. II. c. 11. v. 26.*

te severo su instituto, le ocasionaron muchas pesadumbres con sus temores y desconfianzas, y expusieron mas de una vez á toda su congregación al peligro de ser suprimida en sus principios: le veríamos perseguido, calumniado y compelido á viajar pobre y á pié de unas ciudades á otras con inminentes riesgos de su vida, procurando siempre la salvación eterna de sus mismos perseguidores: le veríamos insultado y maltratado por los herejes, cuya perversa doctrina descubria el santo con celestial sabiduría, y la confutaba con los sólidos principios de la fe. Pero en estas y otras muchas ocasiones le veríamos tambien siempre conforme con la divina voluntad; siempre obediente á los decretos de su adorable Providencia, y siempre contento entre los brazos de su Dios: en suma, le veríamos como un hombre verdaderamente feliz á quien no amilanan los trabajos, ni acobardan las contradicciones: un hombre que lleno de confianza filial en la bondad de su Dios, espera tranquilamente la protección divina, y tolera con paciencia las incomodidades del siglo. Mas aunque yo no pueda explicaros todas estas verdades, reflexionad siquiera sobre su mayor tribulación: esta fué cuando las tropas del emperador estaban saqueando y destruyendo la gran ciudad de Roma, donde se hallaba á la ocasión el santo.

Imaginad á la tropa llena de furor militar, y agitada exteriormente por sus jefes, é interiormente por el deseo de enriquecerse con el pillaje: imaginaos, digo, si podeis, cómo entra en un pueblo, causando espanto á todos con su gritería y con el formidable estruendo de las armas. Cuanto se les pone delante lo atropellan y despedazan: rompen las puertas, los cofres, las arcas, desenvuelven y arrojan por unas partes y por otras las ropas, los muebles y las alhajas: roban lo mas precioso y ménos embarazoso para llevar: maltratan á sus dueños, intimidando á sus mujeres y sus hijos: levantan el grito los infelices, y mezclando sus clamores con el ruido de los caballos que corren, con las voces de la tropa que se desordena, con los repiques arrebatados de las campanas, con los redobles de las cajas y con los horribles tronidos de los cañones, se forma de todo esto una confusión y desorden solamente comparable á la confusión y desorden del infierno. Imaginad que llegan á los cinco primeros Cayetanos, que prenden á estos religiosos, y que al santo como á superior le preguntan por los caudales

de su casa. Respóndeles el santo, que nada tiene, que vive de la divina Providencia; y que no creyéndole los soldados, le meten entre dos tablones y le dan un cruel tormento descoyuntándole los huesos. No veis? ¿Acaso el santo se irritaría contra sus crueles agresores? ¿Maldeciría á los que tan injustamente le atormentaban? ¿Pretendería á lo ménos con los jefes que se le diese la debida satisfaccion? Nada ménos. El santo inalterable padece aquel tormento: pide á Dios por sus mismos atormentadores, y luego que ellos le dejaron de mortificar, junta sus religiosos, y sin mas ajuares que el breviario debajo del brazo, salen de Roma, se embarcan en el Tíber, abandonándolo todo á la avaricia de la tropa, y entregándose ellos en los brazos de la providencia de Dios. ¡Qué espectáculo éste tan digno de la admiracion de los ángeles, y de tanta confusion para los hombres! ¡Cuántas veces por injurias infinitamente menores llenamos de clamores nuestras casas, de imprecaciones á nuestros prójimos, de disturbios, enemistades y cismas los pueblos y de litigios los tribunales! No, no fué esta la conducta de los santos. No se portó así nuestro hombre feliz. Cayetano fué humilde y benéfico en las prosperidades de la vida: ya lo vimos en el primer punto. Cayetano fué pacífico, sufrido y constante en los trabajos y penalidades de la vida: ya lo acabamos de oír en este punto segundo. Cayetano siempre grande, siempre conforme con las disposiciones de Dios, siempre entregado á los brazos de la divina Providencia, fué el verdadero hombre feliz en la tierra, y logra ahora un premio inmenso en el cielo.

¿Qué resta, pues, amados míos, sino á imitación de este grande santo *inspice, et fac secundum exemplar*, entregarnos en los brazos de la providencia de Dios para que su Majestad nos encamine segun los designios de su adorable voluntad?

Que resta sino que procuremos vivir pacíficos, humildes, castos, aplicados al trabajo, cuidadosos de nuestras casas y haciendas, misericordiosos con nuestros prójimos, y religiosos con nuestro Dios; y así seremos verdaderamente felices sobre la tierra, como lo fué san Cayetano. Pobres viudas: podeis ser felices llevando con paciencia vuestra pobreza y desamparo. Pobres huérfanos: podeis ser felices buscando á Dios por padre vuestro, y observando su santa y divina ley. Honrados labradores: podeis ser felices ofreciendo al Señor con limpieza de conciencia las fatigas que sufrís en esos campos, como lo prac-

ticaba san Isidro en vuestro mismo ejercicio, y lo hacia san Cayetano en su respectivo ministerio. Hombres ricos, á quienes el Señor ha concedido bienes de la tierra: podeis ser felices usando bien de ellos, ejercitando la misericordia con vuestros prójimos, manteniendo en paz á vuestro pueblo, evitando los litigios que tanto deterioran los caudales y tanto gravan las conciencias, y mostrándoos en todo hombres de bien y ciudadanos útiles.

Venerables sacerdotes: podeis ser felices residiendo en vuestras parroquias, y siendo un todo para todos en sus necesidades espirituales y corporales: dando doctrina á los ignorantes en nuestros católicos dogmas y en sus respectivas obligaciones: consuelo á los atribulados con las frecuentes tentaciones del mundo, del demonio y de sus pasiones: procurando la paz en los matrimonios desavenidos é inquietos por la diferencia y contrariedades de los genios, ó por la perversidad de sus costumbres: socorriendo á los necesitados y hambrientos: vistiendo á los desnudos, asistiendo y acompañando á los enfermos y á los afligidos moribundos: promoviendo el culto del templo y la devocion de los altares: mostrando celo en vuestros púlpitos, ciencia en vuestra lengua, modestia en vuestro porte y edificacion, y buen ejemplo en toda vuestra conducta.

Vosotros solos, pecadores de mi alma, vosotros sois los únicos que no podeis ser felices en el estado del pecado en que os hallais; porque ¿cómo podrá ser una persona feliz hallándose enemiga de Dios, esclava de Satanás, desterrada del cielo y destinada para arder eternamente en el abismo? No, amados míos, no: el pecado es incompatible con la verdadera felicidad que logran las almas justas, que con la divina gracia y el ejercicio santo de las virtudes, viven tranquila y dichosamente sobre la tierra. Vosotros podeis solamente ser felices dejando de ser pecadores. Dejad pues ese infelicísimo estado, y venid á la misericordia de Dios que os espera: venid á oír la misericordia de Dios que os llama: venid y sereis bien recibidos de la infinita misericordia de Dios, si con verdadera contricion en vuestro corazon, si con afectuosas lágrimas en vuestros ojos, si con una detestacion sincera de vuestras culpas, y una eficaz resolucion en vuestras almas de servir á Dios, os presentais al Señor. Yo os lo aseguro: no lo dudeis. Vamos todos, pues to-

dos somos pecadores. Acudamos confiadamente al trono de la divina gracia, para que aprovechándonos de ella nos apartemos del mal y obremos el bien : aborrezcamos el vicio y practiquemos la virtud ; y perseverando en ella seamos felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN CAYETANO.

(DE TRONCOSO.)

In te projectus sum ex utero : de ventre matris meæ Deus meus es tu.

Desde las entrañas de mi madre fui arrojado en tus brazos : desde el seno materno te tengo por mi Dios.

Salmo 26. v. 11.

Desde que el Profeta rey pronunció estas palabras, hablando en persona del Salvador (1), ninguno tal vez como el héroe cuya memoria hoy solemnizamos pudo decir las con tanta verdad. Viéronse en la antigua ley entre los santos patriarcas, hombres que por su perfecta adhesión á las voluntades del Altísimo, por su imperturbable confianza en sus promesas, por un total desprendimiento de todas las cosas criadas, merecieron ser llamados hombres de Dios, y pudieron llamar al Señor el Dios suyo, pues que solo en él tenían colocados sus afectos y nada esperaban sino de su providencia benéfica. El Padre de los creyentes pudo mirarse como un modelo en este género. Conducido desde sus primeros pasos por el Dios de sus padres á través de acontecimientos extraordinarios, su vida toda no fué mas que un sacrificio continuado. Ora se le manda que abandone el suelo que le vió nacer, la techumbre bajo que moraba, sus allegados y compatriotas, y camine peregrino hácia una tierra para él desconocida : y sin vacilar un momento, á la edad de setenta y cinco años sale de Aran, atraviesa todo aquel país, se dirige al

(1) *Todos los sagrados expositores convienen en que este salmo es una prediccion de Jesucristo, hablando con su eterno Padre y anunciando su resurreccion y su gloria en toda la tierra.*